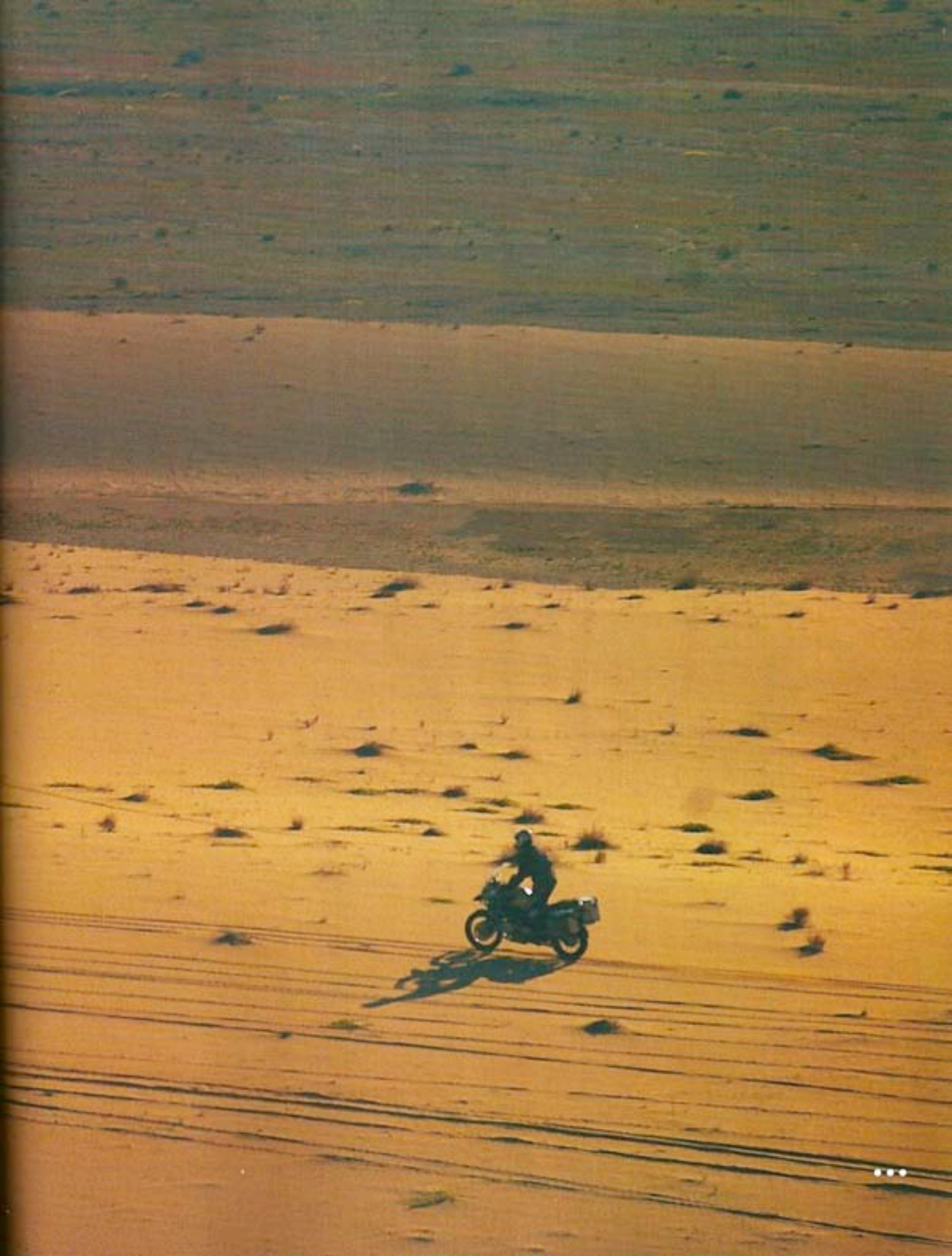
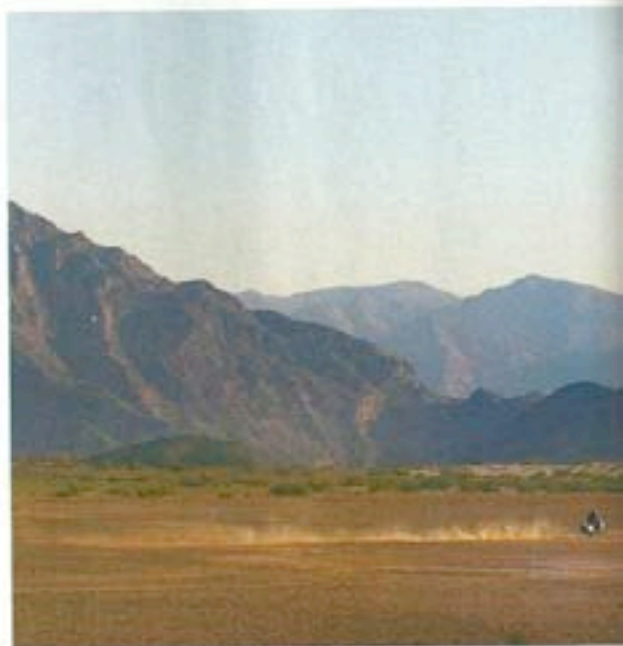


Una travesía del **DESIERTO**

Por Antonio Orti | Fotografía de Marc Bow y Antonio Orti

Recorrer Namibia en una BMW 1200 es un excelente *anti-aging*. No se trata de un simple recorrido. La moto te hace sentir independiente, auténtico, libre. Un redactor de Best Life lo vive y lo cuenta en primera persona.





en un hangar situado cerca de Springbok, al norte se Sudáfrica, once caballos plateados esperan la llegada de sus jinetes. Su porte es magnífico: puras sangres capaces de recorrer 750 km por ríos pedregosos y colosales dunas sin repostar. En estos instantes, diez "jóvenes" de entre 35 y 50 años descienden sonrientes del avión que los trae desde Johannesburgo (Sudáfrica). Aunque proceden de países distintos (Austria, Alemania, Italia, Reino Unido...) su pasión por las motos les hermana.

Ahora mismo, estoy acariciando la nueva R 1200 GS. Para ser exactos, tengo en mis manos a la número 3 (según se lee en la llave de contacto). Massimo Neriotti (representante de la revista italiana *Motociclismo*) y Michael Schröder (el alemán de *Motorrad*) hacen lo propio con la número 1 y con la 2. Llevo semanas esperando (desde que supe que *Best Life* iba a ser la única revista española invitada) oír rugir su motor. Media hora después me enfundo mi mono "Garibaldi" y oteo el horizonte: una vasta planicie desértica salpicada de arbustos que el viento desplaza a su antojo.

Música celestial

De repente, empieza el concierto. Oficia de maestro de ceremonias Jan du Toit, un piloto sudafricano acostumbrado a rodar con increíble pericia por lugares extremos. La moto suena de maravilla. A pesar de su aparente docilidad, soy consciente de estar a lomos de una máquina que no se apellida "Adventure" en vano. Y me siento poderoso.

"Lo mejor de ir en moto es que hace que te sientas eternamente joven", le comento a Diees Herbert, director de BMW Motorrad. Él sonríe, pone primera, levanta una pequeña nube de polvo y me hace una señal con la mano para que le siga. Dos minutos después, encontramos la carretera que nos llevará a la frontera con Namibia. Conducimos en fila india, detrás de la "moto de cabeza" a cuyos mandos va el piloto que mejor conoce el recorrido.

Me instalo cómodamente en la mitad del grupo. Inevitablemente, me viene a la cabeza mi incom bustible K 75 cabalgando por carreteras secundarias e intercambiando el imprescindible saludo motero (ráfagas de luz, ahora prohibidas, o dedos en forma de "V") con otros llaneros solitarios de la península ibérica.

Ensimismado con mi flamante "juguete", experimento, a mis 44 años, sensaciones propias de la adolescencia: todo es posible, nada se interpone en mi camino. Al contrario de lo que ocurre con los "enlatados", sobrenombre que reciben en muchos foros de internet los que conducen vehículos de cuatro ruedas, viajar en moto implica asumir una filosofía de vida. Vas con lo puesto, sientes la naturaleza (la lluvia, el viento), inclinas el cuerpo... Y lo más importante: eres consciente de formar parte de una gran familia, siempre dispuesta a auxiliarte en caso de necesidad.



Océano de arena

La sensación es vertiginosa. Dado que la pista es bastante recta, rodamos por parejas a 110 km/h. Delante de mí tengo a Massimo y a Daniele Massari (éste último de la revista *Due Route*). Pronto pierdo su estela. A cada charco de arena, a cada derrapaje, el corazón se me sube a la garganta.

A medida que avanzamos, el camino se complica. Después de una larga recta, entro en un surco de arena que me impide trazar la curva. Un segundo después, soy consciente de que voy a caerme. Todo sucede muy rápido: me salgo de la pista, sorteo a trancas y barrancas algunos pedruscos y arbustos, y, de repente, Paul Blezard (el periodista con el que iba emparejado y que venía por detrás) me encuentra tendido en el suelo. En un minuto se presenta Bryan Kruse, el médico de campaña. Antes de besar Namibia, ya sabía que no me haría daño. Bryan, con el que entablare una gran amistad, revisa las contusiones y me aconseja, por prudencia, viajar con Rob Barnes en el coche de apoyo (un BMW X5). Desde allí, comienzo a tomar notas.

Conforme el camino se estrecha, los "charcos" de arena se convierten en "lagos", lo que provoca algunas caídas sin importancia. En una de ellas, Daniele decide montar en el segundo coche de apoyo. "Marchamos -anoto- entre milenarias montañas alopecicas, surcadas por torrenteras, como una cara arrugada".

Resulta admirable la entereza de los que prosiguen la etapa. Desde el primer momento, ha reinado entre nosotros la archifamosa camaradería motera. Para los prófanos en la materia, baste explicar que consiste en dejar de lado el individualismo y preocuparse por la suerte que puedan correr tus compañeros.

Un cañonazo

Ahora mismo, la conducción es muy técnica: un estrecho sendero cruza el río Fish y asciende por un camino de cabras, antes de precipitarse en el segundo cañón más grande del mundo. Llegamos al anochecer. El paisaje es deslumbrante: una profundísima garganta regada por un hilo de agua cristalina.

La postal toma forma ante mis ojos: 12 motos capaces de llegar a un lugar inaccesible, "descansando" frente a un improvisado campamento. Para cenar: cordero, ensalada y calabaza. Carlos, el caboverdiano atento y generoso encargado de montar el campamento, nos obsequia con un chupito de hierbas aromáticas que, según manda la tradición, hay que acompañar tragando arena de Namibia.

Cultura de club

Dios los crea y ellos se juntan.

En España existen decenas de asociaciones en las que los aficionados a las dos ruedas comparten experiencias, resuelven dudas y organizan excursiones. Aunque, por norma, cada marca agrupa a los suyos, se trata de clubs muy abiertos. En su faceta más lúdica, organizan viajes de un día de duración, aunque también cabe la posibilidad de pasar un inolvidable fin de semana en Jerez, Montmeló o Xeste (coincidiendo con un Gran Premio) o de serpentear por el Atlas marroquí o por la Toscana italiana (territorio Vespa, por cierto).

Estos clubs, además de acoger a llaneros solitarios, ayudan a matar el gusanillo y dan ejemplo en la carretera. Siempre hay una moto que encabeza la marcha (la que mejor conoce el recorrido) y marca el paso, para que los motoristas más lentos no sufran. El grupo lo cierra una "moto escoba" pilotada por un *motard* experto, capaz de enlazar rápidamente con la cabeza si una avería o un despiste de un compañero lo hacen necesario. La camaradería preside estos encuentros y el repostaje no desmerece: paellas marineras, desayunos para leñadores y la impagable sensación de haber elegido la mejor compañía.

Unidos por la red

www.bmwweb.com Información general para los aficionados a las motos de esta marca. Foro, mecánica, enlaces, rutas y noticias.

www.classic-racing-revival.com Pilotos y motocicletas clásicas de competición. Organizan el Festival Internacional de la Moto Histórica.

www.GuzziReal.com Asociación de amigos de la Guzzi Hispania. Los "guzzistas" organizan fiestas y concentraciones, y hasta cuentan con una revista.

www.megascooters.info Organizan salidas todos los meses. Tiene una sección para saber qué bicilíndrica escoger.

www.harley-davidson.com La mítica marca proporciona información sobre todos los países del mundo (el Harley Owners Group cuenta con un millón de miembros). Organiza paseos, rallies y fiestas cada fin de semana.

Amanecemos con los primeros rayos de sol. Poco a poco, comienzan a verse monos y cascos con pegatinas de "Race Dakar", "Ber Racing Italy" o "Touratech". A pesar de estar en otoño, el termómetro marca 20 grados (aunque por la noche la temperatura desciende hasta los 14). De una en una, las motos vuelven a cobrar vida.

Una hora después, hacemos un pequeño alto en el camino. Estamos en un mirador desde el que se divisa el Fish River Canyon. Reina un silencio que intimida. El paisaje deslumbra: un desfiladero de 160 kilómetros de largo y 27 de ancho. Según la guía *Lonely Planet* no existe un escenario tan sobrecogedor en toda África. El lugar transmite mil sensaciones: hasta las propias motos parecen guardar un respetuoso silencio. Pero no hay sitio para el ensimismamiento: los mosquitos muerden con saña, lanzando pequeñas flechas que te vienen de la nada directas al lóbulo de la oreja.

Reanudamos la marcha. Casi al mediodía, después de circular por otra pista de tierra y arena, nos topamos con la típica señal del desierto: una rueda de camión al lado de un cactus que sostiene un tablón de madera ("Ai-Ais", "Rosh-Pinah"...).

Las mil caras del desierto

Conforme el sol cambia de posición, el desierto se llena de matices. Por la tarde, la pista deja de tener un tono amarillo pajizo y se convierte en una alfombra de color rojo tierra. Las montañas que quedan a la sombra alumbran pequeñas flores liliptuenses de color lila. Incluso, al amparo de cerros mayores, algunas pequeñas colinas se tiñen de verde. A partir de las cinco de la tarde, comienzan los espejismos. De repente, se observa una laguna que resulta ser una mancha de sal. También algunas piedras caen desde lo alto por cansancio, después de permanecer siglos al sol.

Circulamos entre dunas de 100 metros de altura. Las motos se han ido convirtiendo poco a poco en una prolongación del cuerpo. Al contrario de lo que sucede en Malí o en Mauritania, en Namibia los caminos están limpios de plásticos. En lugares inverosímiles, observamos a lugareños andando bajo un sol de justicia. Al poco, nos topamos con un poblado de casas de adobe. En la entrada, unos niños pelotean en una portería destartada.

El viaje está próximo a su fin. A pesar del poco tiempo que llevamos juntos, nos hemos convertido en una auténtica familia. Ahí está Herbert, encabezando el grupo con su mono azul: algún día –nos prometemos– comeremos una paella en España. El de detrás es Massimo, otro auténtico zorro del desierto, que dejó su trabajo de veterinario para dedicarse en cuerpo y alma a la moto. Junto a ellos Paul, Charley, Theunis, Marc, Cora, Lachlan, Rob, Deon, Phil, Jan, Daniele, Ian y Gert se intercambian abrazos antes de dejar Namibia.

Despedirse de la BMW R1200 Adventure GS tampoco resulta fácil. Dejo mi casco sobre ella y observo una vez más su aspecto fiero. Todos los que estamos aquí nos hemos quitado unos cuantos años de encima. Es algo que no se puede explicar con palabras. Es sentirse independiente, libre, auténtico. Es viajar a Suráfrica y Namibia y hacer un montón de amigos. Es, a mis 44 años, volver a sentirme el más joven entre los jóvenes. ■



¿Te gusta conducir?

Primero te entra por los ojos, luego se adueña de tu oído. Tras unos kilómetros, todos tus poros destilan aventura. La BMW R1200 Adventure GS es una boxer de dos cilindros capaz de acelerar de 0 a 100 en 3,4 segundos. Mejorando a su antecesora, incorpora protectores para el depósito y el motor, asiento regulable en altura y un manillar regulable de aluminio (con protectores para las manos). También destaca el acero inoxidable de las maletas y un depósito de mayor capacidad (33 litros). Es una moto creada para recorrer el mundo. De hecho, fascina por su capacidad rutera, por su comodidad y por sus cualidades todoterreno (prácticamente, no hay camino que se le resista).